

AUDIENCIAS PÚBLICAS DE CASOS EN LIMA  
22 DE JUNIO DE 2002  
CUARTA SESIÓN  
3 P.M. A 7 P.M.

Caso número 22: María Elena Moyano

Testimonio de Esther Flores Pacheco

Doctor Salomón Lerner Febres

La Comisión invita a la señora Esther Flores a que se aproxime para brindar su testimonio. De pie, por favor. Señora Esther Flores, usted va a brindar su testimonio ante la Comisión de la Verdad y Reconciliación, y también ante el país. ¿Promete solemnemente hacer su declaración con honestidad y buena fe, y decir sólo la verdad sobre los hechos que nos va a relatar?

Señora Esther Flores Pacheco

Sí.

Doctor Rolando Ames Cobián

Muchas gracias. Tomen asiento. Señora Esther, muy buenas tardes, y a la señora María Chávez también. Hay casos de víctimas de violación de Derechos Humanos, de asesinatos, que han adquirido una gran publicidad y son muy conocidos. Y, sin embargo, en cada uno de ellos hay una enorme cantidad todavía de asuntos a descubrir con más precisión o pendientes para hacer justicia...o aspectos de la vida personal de víctimas que tienen... de los cuales podemos aprender mucho. Quizá este es el caso de María Elena Moyano. Por eso, a nombre de la Comisión de la Verdad, queremos agradecerle a Esther Flores, que compartía la dirección de la Federación Popular de Mujeres de Villa El Salvador con María Elena, en 1992, cuando ella fue asesinada. Muchas gracias por estar aquí y escuchamos su testimonio con la mayor consideración y aprecio.

Señora Esther Flores Pacheco

Quiero agradecer a la Comisión de la Verdad por darnos esta oportunidad de presentar mi testimonio. Mi nombre, como lo han dicho, es Esther Flores Pacheco, soy Presidenta de la Federación de Mujeres de Villa El Salvador. Doy mi testimonio porque vengo en busca de la verdad, de la justicia, de la reparación, de la reconciliación, para que en el pueblo peruano nunca más permitamos esta barbarie, estos asesinatos, que solamente llevan a tener dolor y a tener mucho odio.

Yo trabajaba con María Elena Moyano cuando ella fue Presidenta de la Federación de Mujeres en el año 88 al 90. Yo era asistente social de la FEPOMUVES. María Elena Moyano era una mujer que trabajaba arduamente, desde temprano, hasta muy altas horas de la noche, dedicándose a la organización, a organizar a las mujeres, a crear formas y niveles de conciencia en las mujeres. Es por eso que muchas mujeres salimos de nuestras casas, de las cuatro paredes, de nuestros

problemas individuales a los problemas colectivos, y logramos entender que teníamos un derecho y que teníamos la posibilidad de mejorar nuestra condición de vida. Y eso era lo que María Moyano hacía.

A veces trabajábamos arduamente con alegría, a veces con tristeza, a veces terminábamos los días con amargura, porque a veces nos enfrentábamos a muchos problemas, a muchas dificultades, especialmente con los dirigentes comunales, hombres machistas que no entendían nuestra lucha. Sin embargo, lo hacía María Elena con mucha terquedad, con mucha obstinación, porque su idea era mejorar la condición social de la mujer del pueblo, de los más pobres. Por eso yo le llamaba la Negra, porque se entregaba totalmente al trabajo del pueblo. Tuvo muchos problemas en su casa, problemas emocionales que... como cualquier ser humano que cometió errores y tuvo muchas virtudes. Y una de sus virtudes fue la solidaridad. Y siempre pensaba en lo justo y siempre pensaba en que había una esperanza para los más desposeídos, especialmente para el pueblo de Villa El Salvador, que vivíamos en los arenales, en lugares donde no había agua, donde no había luz y donde no había posibilidad de una condición de bienestar, y eso es lo que buscábamos nosotras, las mujeres, junto con María Elena.

La Negra fue una gran mujer política, creyó mucho en los partidos, especialmente de Izquierda Unida. Pero cuando la izquierda se dividió fue y entró en una gran crisis emocional. Entonces volcó un compromiso fuerte hacia la organización, porque creyó como una alternativa en Izquierda Unida, pero que lamentablemente había fallado. Entonces dijo sus palabras, que el pueblo, las mujeres, debe luchar por un poder popular donde salía de ahí la mejor forma de conducir una sociedad justa. No se preocupaba en su salud. Muchas veces, muchas veces caía enferma y cuántas veces se levantaba. Y muchas veces no tenía plata ni para alimentarse, pero, por encima de todo, el deber y la obligación de estar frente a miles de mujeres era para ella el mejor aliento, el mejor alimento para su espíritu que para su cuerpo. Por ello, cuando quiso cambiar, a su manera y a su forma de ser, y exigir que los más pobres no deben morir de hambre y que los más pobres necesitábamos oportunidades... Y en medio de las muchas dificultades, creaba y creábamos espacios como los comedores populares, los comedores autogestionarios, el vaso de leche y otros espacios múltiples en que las mujeres podían educarse y podían tomar conciencia y ver su realidad y su entorno. Pero también discrepaba de aquellas ideologías, de aquellas violencias, de aquellas que imponían y de aquellos que mataban, y discrepaba con el terror y con el terrorismo.

Cuando la señora Emma Hilario, que era dirigente del cono sur de comedores, sufrió el primer atentado, tuvo María Elena un gran dolor. Y ahí se planteó no callar más, sino hablar y responder, porque mucha gente decía que quienes matan mataban a la gente ratera, mediocre y mentirosa, o gente de mala situación o de mal vivir, que haya cometido algo. Así se miraba para afuera, para Europa: que había un grupo que luchaba por los pobres. Así se miraba en Estados Unidos, en los grandes otros países: que había un grupo que luchaba reivindicando a los pobres. Y fue María Elena que dijo que no es cierto: «Aquí se están matando pobres, se están matando mujeres, se están matando dirigentes con el pretexto de revolución, pero que la revolución no era muerte. La revolución era nueva vida, era justicia y democracia». Y ahí empezó a enfrentarse abiertamente, ideológicamente, con Sendero. Es ahí cuando ella, siendo Presidenta, pues, sufre muchos cuestionamientos y persecuciones, y muchas amenazas, y amenazan a las organizaciones y las acusan de ser asistencialistas y colchón del sistema. Nosotras, las mujeres del pueblo, porque nuestros hijos no se mueran de hambre, sin embargo, nos decían que éramos colchón del imperialismo. Estábamos apostando por la vida y estábamos apostando no por sentirnos al lado de ningún sistema: luchábamos por la sobrevivencia. Por eso, María Elena

levantó su voz y dijo: «Basta». Basta porque también habían seguido atentando a un hombre que también luchaba, también por la justicia, luchaba también por sacar adelante al pueblo de Villa El Salvador, a Michel Azcueta, y no lograron matarlo. María Elena levantó su voz. Y cuántas veces yo le dije: «María Elena, te necesitamos viva y no te necesitamos muerta». Y optamos porque ella se fuera a México, porque ya había amenazas constantes. Estuvo en México un mes, pero después volvió porque no se acostumbraba, porque había dejado a sus hijos. Y yo me acuerdo esa noche que ella tenía una Biblia en la mano y decía que la justicia siempre va a triunfar.

Una semana antes llega una invitación de un comité de vaso de leche para una actividad de pollada, para comprar implementos para el comité de vaso de leche, y nos da a mí y a ella, y nos dice que no debemos faltar, compañera, no debemos faltar porque ustedes son nuestras dirigentas. Y nos vuelven a remarcar dos o tres veces. Yo era ya presidenta y ella era teniente alcalde del municipio, porque así las mujeres lo quisimos.

Llegó a mi casa muy temprano, a las ocho de la mañana, como solía hacer, y me dijo: «¿Sabes? Vayámonos a la playa». Era un día domingo. Yo le dije: «Tengo reunión». Y me dijo: «Entonces voy a volver para irnos juntas a la pollada». Y yo le dije: «Bueno, yo tengo reunión y según como esto pase, yo voy a estar reuniéndome contigo a las cinco de la tarde». Fue así que María Elena Moyano fue a las cinco de la tarde en punto con sus dos niños y una compañera que cuidaba a sus niños a esa pollada. Muy cumplida, para cumplir, como lo era con todas las mujeres, solidariamente. Cinco, seis y cuarenta. Yo no pude ir porque no terminaba mi reunión. Las cinco, las seis y cuarenta, las seis y cuarenta y cinco, o las seis y treinta y cinco... María Elena estuvo muy animada, tomando una cerveza, comiendo la pollada, cuando de pronto aparecen una mujer y un hombre y ella ve a lo lejos que venían por ella. Entonces dice: «Todo el mundo... las mujeres tírense al suelo, porque estos, carajo, vienen por mí, a matarme». Es ahí cuando la mujer la encañona y le da un tiro, y ella cae al suelo, y sus niños también se agachan juntamente con esta compañera, porque ella es la que me ha relatado este momento. Se agachan al suelo, se tiran y dice: «Tápate la cara, porque tu mami va a escaparse». Y estas dos personas le meten dos petardos en el medio del cuerpo y ahí explota, y cuando levantan la cara, los niños dicen: «Mami se escapó, mami se fue, logró escaparse». Y así salen corriendo por la parte detrás. Yo llegaba a las seis y cuarenta y cinco, muy alegre —pensando que ella ya había llegado—, con mi compañera Esperanza de la Cruz, que entonces también era dirigente, y con otra compañera. Y cuando bajo y me encamino para entrar había mucha gente que salía despavorida gritando, y muchas compañeras se acercaron a mí y me dijeron: «Por favor, no vayas, que acaban de matar a María Elena y que también te pueden matar a ti. Por favor, no vayas». Pero yo avancé unos pasos más adelante... Lo que vi eran un cuerpo destrozado, los intestinos tirados, la cabeza en el techo, y la sangre que bañó toda la pared del local, que era blanca, era roja en ese momento. Me quedé helada, no tuve ni cómo retroceder, pero mis compañeras agarraron y me metieron al carro y, con las mismas, empezamos a salir. Por ahí un carro que nos seguía y nos perseguía, y luego llegamos al local, a nuestro local, nuestro centro de acopio, un local de comedores, y ahí nos sentamos a llorar, cuando unos segundos más tarde salía por la televisión, como un flash informativo, sobre la muerte de María Elena Moyano.

Muchas mujeres venían, muchas compañeras venían desesperadas, lloraban, llorábamos; unas se desmayaban, otras gritaban. Y muchas no sabíamos por qué tanto odio, por qué tanta crueldad, por qué tanta barbarie, por qué destrozarnos, por qué romperle las entrañas. Tuvimos que... La organización sufrió una gran pérdida, llorábamos su ausencia y llorábamos con dolor. Pero las palabras... La mataron, callaron su voz, pero sus palabras, su ejemplo, nunca pudieron

matarlos, porque nosotras las mujeres los llevamos dentro de nuestro corazón, los llevamos como una convicción y como un ideal, el ideal que a ella... por ese ideal que ella luchó, entregó su vida y murió con coraje. Yo puedo decir que, a más de ser madre, fue dirigente y mujer coraje, porque eso es, por ser dirigente y por ser una mujer que luchó por la paz, por la justicia, que condenó el terror, que condenó la violencia, por eso la mataron. Hoy, después de nueve años, muchos nos quedamos con difícil forma de superar, porque era un gran dolor. A mí me costó superar porque yo era presidente en ese momento. Yo la apreciaba y la quería con todo sus errores y sus virtudes. Pero, sin embargo, muchos políticos nunca se atrevieron a denunciar a Sendero, pero tuvo que salir una mujer del pueblo a decir: «¡Basta! Basta de mucha muerte, basta de mucha violencia». Por ello, hasta el periodismo, hasta los periodistas se miraban... como una noticia del momento, y nos ponían a las dirigentas como carne de cañón.

Y Sendero, después de haberla destrozado, reivindicó con sus panfletos al día siguiente, y no solamente reivindicando su muerte, sino también amenazando a quienes estábamos con ella. Tiraban bombas por los lugares donde vivíamos y teníamos que hacer reuniones en distintos lugares. Iban a mi casa los policías, custodiando mi puerta y diciendo a mis hijos: «Yo estoy acá para que a tu madre no la maten». Y mis hijos se desagarraban y se preocupaban, y lloraban y se desesperaban, y es por eso que tomé la decisión, juntamente con mi esposo, a no hacer daño más a mis hijos psicológicamente, y tuve que irme del país. Quienes vivimos ese momento comprendemos lo que es el terror, porque se ensañaron con los más pobres, con las organizaciones. Hoy seguimos su ejemplo y seguiremos luchando por lo que ella luchó, pero también mucha gente ahora pretende, después de nueve años de la muerte de María Elena, pretende decir que sí fueron y la conocieron y trabajaron con ella. Y también, pues, se aprovechan aquellas o aquellos que fueron cómplices para difamarla, porque cuando... antes de que la maten, la difamaron, la culparon, dijeron que ella era dueña de camionetas, de fábricas, de proyectos, de mentiras, porque así fueron sus estrategias. Primero la difamaron. Hoy, las cómplices andan sueltas; hoy, los que la mataron andan sueltos. No queremos que se quede impune. Hoy, esa gente también celebra o se golpea el pecho, y también la memoria de María Elena se utiliza para fines políticos. Y, a veces, con el pretexto del parentesco, se traiciona la memoria y el ideal por el cual ella luchó.

Yo pido acá que los hijos de María Elena, que están en España... Yo tengo vagas informaciones, pero quisiera que la Comisión de la Verdad investigue la situación, investigue su situación de aquellos jóvenes, de aquellos niños que fueron y que ahora son jóvenes. Y que se les dé la reparación. También pido así como el Congreso ha declarado heroína nacional a María Elena, que el presidente Toledo y el gobierno promulgue una ley declarándola heroína nacional, para que la historia recuerde, para que nuestras generaciones y nuestros jóvenes recuerden que una mujer del pueblo luchó por la paz, por la justicia, por la democracia. Y que la Comisión de la Verdad siga investigando, que no queden impunes estas cosas, que no haya más dolor, que no haya más odio, y el tema de la reconciliación significa que el pueblo peruano no permita esto, que nos unamos para defender la paz, la vida, así como la defendió María Elena Moyano.

Quiero agradecer por darme esta oportunidad, quiero agradecer porque la misión que tienen ustedes es de escucharnos, aquellas que sentimos dolor, aquellas que sentimos, de repente, en un momento dado, rencor de lo que haya pasado, y que la imposición y los dogmas hacen mucho daño a un país. Queremos una sociedad donde los pobres tengamos la oportunidad de vivir con dignidad, donde las mujeres tengamos la oportunidad de mejor condición de vida, como lo quiso María Elena Moyano. Muchas gracias.

Doctor Rolando Ames Cobián

Esther, muchas gracias de nuestra parte y de parte de toda la audiencia por la franqueza, por el vigor, por el dolor que ha compartido con nosotros. Sólo quisiera decir que cuando se nos señala que la Comisión de la Verdad debe investigar y debe contribuir a que la sociedad peruana sea distinta, que haya un nuevo pacto social, creo que eso no será posible o solo será posible si recuperamos esas historias trucas, esas entregas, las conocidas y las silenciosas, de tanta gente que durante tanto tiempo luchó y dio su vida por este tipo de causa. Esther Flores, de nuevo muchísimas gracias por tu testimonio a nombre de toda la Comisión y de todos.

Señora Esther Flores Pacheco

Muchas gracias.